

Hacer la justicia

Luis Hernández Ramírez

Image not found.

Capítulo 1

Hacer la justicia

No había necesidad, esta frase que pasa de la mente de Andrea al sentir llegar al encargado de una tienda de comestibles. No hay necesidad, necesidad, nece...

Las palabras se agotan y ahora solo el ruido de un tambor en el pecho recorre su oído interno, como si solo fuera el tictac, la resonancia que deambula por las calles ilustradas. Aquellas paredes presentes dibujadas por la persecución tienen un color desteñido, raído como si la ciudad fuera a descolorarse de más, a arrugarse por las faltas o la desesperación por querer pan. Pobre mujer con manos poseídas de la irresponsabilidad, no es la primera vez que mete dentro de su bolso cebollas y algunas frutas pequeñas para saciar su hambre. La primera vez supo que no hay distinción en el sabor, pues la lengua no sabe lo que es debido y lo que no, desde hace tiempo ha tenido claro que el intercambio de productos es la misma cadena que evita a las personas volar de aquí para allá, de compartir, de crecer como sociedad, al menos ella lo cree así, tiene en su bagaje personal, dos o tres experiencias más de lo que es poder tomar y tomar. Necesidad, esa palabra para ella es normal, tanto que abruptamente cambia de significado cuando a dos calles del establecimiento siente el golpe de frente de una bicicleta que va a toda velocidad. Todo confuso, visión nublada que trastoca el negro de la inconsciencia, ahí vemos a la pobre Andrea tirada e inconsciente, las frutas que ha tomado rueda por entre la alcantarilla, a unos pocos metros objetos personales, jabón y desodorante probablemente también tomados de la tienda. El encargado no sabe qué hacer y cree que cualquier persona también estaría en la turbación de no poder hacer justicia por su propia mano porque está precisamente llega de un accidente, el mismo accidente que se crea cuando un ser no tiene con qué comer. Sólo han sido objetos sin importancia, se le puede escuchar a Javier el tendero que el esto no era para tanto. En la noche al recordar ello, junto a su esposa en la cama lanza una pregunta al aire que transpira en su habitación: ¿cómo es posible que el pago de las acciones son las penas más duras que da el destino?, lo que hace creer que cada uno no sabe del poder que tiene la providencia, el destino, la casualidad, ve tu a saber que es. María, la esposa de Javier mira hacia el techo cuyo decorado es una imitación de un fresco en donde los querubines tocan parsimoniosamente el arpa, imagen que contrasta con los instintos más íntimos, aquellos que obligan a las personas de actuar con valentía aun sabiendo que la acción en sí es reprobable, piensa María que todo está patas pa' arriba, el robar unas cebollas y otros objetos es la imagen viva de la violencia hacia uno mismo, como golpearse con un fuste desde la infancia, en donde de tanto lanzarse a la carne esta deja de sentir, pierde toda sensibilidad y le cuesta

asimilar la realidad, esa verdad que se funde del dolor, el idioma de la insensibilidad, que no da tregua al descanso, que de tanto sangrar cuesta creer que puede haber otro bienestar, incluso puede ser que el mismo dolor que se causa uno mismo sea parte de uno, el dolor anteponiéndose a todos los demás sentidos, donde el placer por el dolor se vuelve masoquismo. No es cuestión de pagar por las acciones, sino la causa, ¿Qué puede haber para que una persona rompa límites de propiedad, de lo que es tuyo o mío, realmente es esta percepción que se va borrando y ya no hay línea, como pasar con goma las palabras de lecciones que se van dando, como borrar las imágenes del ejemplo, el hecho de borrar no se va con el viento ni el tiempo, sino es la voluntad de la persona por renunciar a lo establecido, aun a sabiendas del castigo, es el estado animal en completo orden, el origen de la razón, entre la sensación de miedo y de ira por tomar lo que uno como animal cree que le pertenece, como el resentimiento porque otro tenga lo que la ilusión propone como objeto de deseo, el deseo absorbido por el resentimiento, el fin de la razón, el inicio de la paranoia. María recuerda haber hecho la misma acción que la desconocida Andrea ha perpetrado, no fue solo una o dos veces, ha perdido la cuenta y es que en ella se va la misma inocencia, la niñez prófuga que la hizo olvidar el porqué de las cosas, la realidad, los sueños, cuando se pierde es muy difícil regresar. Hay sucesos que es mejor dejarlos enterrados y que no valen la pena abrir esas heridas en el alma, pues a veces en la misma sangre corren las historias perdidas, los problemas que causan nuevas condenas, el sin sentir a la vergüenza y a la rendición. Nunca ha tomado en realidad nada que no le pertenezca o que se brinde derechos sobre los objetos que no le correspondan, tal vez es la mancha de la fina tinta que nunca se borra, la del amor a la persona errante, su padre de María, que tuvo el infortunio de conocerle cuando rondaba por la veintena de edad, fue un personaje de múltiples cuentos de fantasía, de misterio y de terror, su facultad por portar nombres e identidades a lo largo de su vida fue admirable, incluso al tratar de descubrir la verdadera vida de su padre, María dio cuenta que esa imagen clara que parecía vérselo en sueños, ocasionalmente en el colegio o en los alrededores de la universidad, no era ni más ni menos que la imagen fantasmagórica de un prófugo de la justicia, hoy yace en una celda fría de aquél estado tan lejano del mundo y más cerca del infierno, es el peso de la culpa lo que la carcome, llevar a la cárcel a un hombre muerto, a aquella mentira viviente que se mentía a sí mismo por negar la verdad, por no taparse los ojos y ver que aquella a la que le apuntó con la pistola en la frente tenía el mismo brillo que aquél viejo que cuando era un niño, que apenas podía decir algunas palabras inteligibles. la misma forma de la boca, la misma forma de los dedos, y si se fijaba de más cerca podría reconocer el mismo ritmo cardiaco, ese que va acelerado por el miedo de encontrarse con la muerte.